

I
ARREBATOS
CARNALES



FRANCISCO
MARTÍN
MORENO

A lo largo de los siglos, hombres y mujeres han sido arrastrados por el inevitable impulso de poseer a quien parece ostentar el sentido de la vida. Y de esta atracción impetuosa no se libran los grandes forjadores del destino de una nación, ¿qué apetitos y obsesiones sirvieron de causa para algunos de los protagonistas de la historia de México?

Con su singular estilo, donde confluyen una rigurosa investigación y la maestría narrativa, Francisco Martín Moreno hurga en la memoria de nuestro país y se adentra en un viaje íntimo hacia el corazón y la alcoba de la monja, el dictador, el revolucionario, el político reformador, el emperador y el líder de la Independencia.

Un libro provocador que revela la condición humana y su inevitable rendición ante la pasión amorosa.

Agradecimientos

¿Cómo no comenzar con Beatriz? Claro, otra vez Beatriz, siempre Beatriz, quien en esta ocasión no solo me volvió a obsequiar su generosa paciencia a la hora de escuchar mis planteamientos, alternativas y soluciones, sino porque también dedicó una buena parte de su tiempo en la purga de los textos de modo que la redacción fuera fluida, «no decayera la tensión de la trama y se evitaran repeticiones innecesarias». Le agradezco una vez más que no tenga el menor sentimiento de piedad a la hora de leer mis trabajos.

Beatriz jugó además un papel muy importante en el momento final de la selección del título, porque yo había propuesto *Arrebatos carnales y otras efemérides mexicanas* y sin embargo me convenció de la conveniencia de suprimir la segunda parte, punto de acuerdo en el que concluimos mis editores y yo.

A Erick Llamas, una joven promesa entre los investigadores mexicanos de la historia patria.

A Carolina, mi eterna asistente, por su comprensión y tolerancia en los difíciles momentos de la mecanografía.

Un par de párrafos a modo de prólogo

Abordar la vida de grandes personajes, no sólo de México sino de todo el mundo, en cualquier tiempo, implica invariablemente un desafío. Lo asumí con el propósito de exhibirlos a la luz pública en una textura diferente a la expuesta en las enciclopedias, en los libros de texto y, por supuesto, en los manuales de confusión redactados por los eternos narradores de la historia oficial que han subsistido sin mayores penas, al cobrar en las interminables listas de nómina de los enemigos de México.

Morelos, por ejemplo, cuenta con miles de calles que con justicia llevan su nombre. Existe un sinnúmero de estatuas con su imagen; su vida y su gesta heroica aparecen en almanaques, ensayos, textos de diferente naturaleza, novelas y libros en general. En la inmensa mayoría de ellos se proyecta como el magnífico héroe de la Independencia, como en realidad fue en términos indiscutibles. ¡Claro que sí, nadie como él! Pero, ¿por qué, en lugar de analizar estrictamente su figura histórica, no exponemos su existencia como la de un hombre con las fortalezas y debilidades de un personaje de carne y hueso? ¿O acaso no llegó a sentir una gran atracción por el sexo opuesto? Por supuesto que vivió pasiones intensas, las de un ser humano enamorado de la vida, y compartió sinsabores y éxitos con diversas mujeres. ¿Por esta razón dejaría de ser uno de los grandes forjadores de México? Entonces, ¿por qué hacer de él una figura cuasi religiosa, carente de sentimientos como si el hecho de tenerlos denigrara su personalidad o

provocara decepciones entre sus admiradores y seguidores? Es evidente que Morelos vivió romances que hicieron girar radicalmente el rumbo de su existencia. El hecho de divulgarlos no empequeñece su figura, sino que la aumenta de manera exponencial al revelar la circunstancia en que desarrolló su carrera política, religiosa y militar.

La pareja, la compañía, el ser amado, fuera hombre o mujer, tuvo que jugar un papel muy importante en los acontecimientos, como sin duda es el caso de cualquiera de nuestros semejantes. Resulta inadmisibles estudiar las biografías de los grandes personajes de nuestra historia con un criterio moralista o religioso que excluya sus inclinaciones sentimentales o ignore los arrebatos carnales en que pudieron haber caído, víctimas de una obnubilación permanente o pasajera. El amor constituye la columna vertebral de las relaciones humanas. ¿Adónde se va en la vida sin un cómplice con quien se comparten secretos exquisitos en la cama?

Si se trata de investigar al gran protagonista de un episodio histórico, resulta imperativo describir el contexto amoroso en que se desempeñaron la monja, el revolucionario, el político reformador, el emperador, el líder de la Independencia o el dictador para poder comprender a cabalidad sus obstáculos e impedimentos, que una vez salvados les permitieron alcanzar sus objetivos y justificar con ello su existencia. ¿Por qué omitir esta parte del relato sólo para caer en los terrenos de la hipocresía donde germina la confusión? ¿Por qué un novelista tiene que convertirse en otro mojigato, en un santurrón, en un comediante mendaz que aprueba la falsedad, la simulación y la beatería? Me niego: no dedico mi vida a la historia y a las letras para ser etiquetado como un fariseo más... Por dicha razón me atreví a meterme en las alcobas de Sor Juana, Porfirio Díaz, Vasconcelos, Villa, Morelos y hasta en la habitación imperial de Maximiliano, porque Carlota nunca lo acom-

pañó en el lecho durante su breve estancia en el Castillo de Chapultepec.

Si el amable lector que pasa la vista generosamente por estas líneas desea acompañarme a descubrir secretos ignorados durante siglos, los mismos que conocí oculto en armarios o escondido debajo de la cama o en la sala de baño o disfrazado para entrar o salir de las tiendas de campaña militar, y se ha armado del debido valor para conocer la cara oculta de los amores y desamores vividos por algunos de los grandes protagonistas de la historia; pase la página y comience por imaginar a la emperatriz Carlota destrozada, sentada en un sillón de seda verde cosido con brocados de hilo de oro, en tanto recordaba sus años de soltera en la corte de Bélgica, con la mirada clavada en la inmensidad del Valle de México, enmarcado por los volcanes, cuyos nombres nunca pudo pronunciar correctamente...

Maximiliano y Carlota

AMORES Y DESAMORES IMPERIALES

A Francisco Betancourt, el hombre generoso que obsequia palabras de aliento cuando más se necesitan.

Ven, ven, toma una silla, sí, aquélla, la de bejuco, la que se encuentra al fondo, mi preferida, la de mis más felices recuerdos. Yo conservo una, la otra se perdió en la noche de los tiempos cuando Maximiliano abandonó para siempre su pequeño Trianón, mejor dicho, nuestro pequeño Trianón, construido en Acapatzingo, Morelos, en donde volvimos a vivir días de apasionado amor como en los felices años cuando éramos adolescentes y mi tío Enrique Bombelles nos educaba en los suntuosos palacios de Viena.

Ven, ven, te cuento, ¿sabías que Maximiliano de Habsburgo era nieto de Napoleón, sí, el emperador de los franceses y rey de Italia? ¿Sabías que Maximiliano era homosexual, pero que además disfrutaba compartir el lecho con mujeres? ¿Sabías que a partir de su llegada a México y varios años atrás, la pareja real nunca volvió a dormir en la misma cama y que las historias de amor respecto a su eterno idilio eran totalmente falsas? ¿Sabías que cuando Carlota abandonó México para no volver jamás y viajó por Europa movida supuestamente por el deseo de convencer a Napoleón III y al Papa Pío Nono de las consecuencias de abandonar a su suerte al Segundo Imperio Mexicano, en realidad la emperatriz huía del país para ocultar un embarazo, cuya paternidad era completamente ajena a Maximiliano, quien nunca reconoció al hijo bastardo que su esposa diera a luz el 21 de enero de 1867? ¿Sabías que la así llamada locura de Carlota no era sino una estrategia para

excluirla y excluirse de la sociedad y esconder así su estado de gravidez? ¿Sabías que mientras Carlota *negociaba* en Francia la salida de las tropas francesas del territorio mexicano en el verano de 1866, *la India Bonita*, Concepción Sedano, una de las amantes de Maximiliano, daba a luz a un hijo de ambos en Cuernavaca? ¿Cuál fidelidad entre la famosa pareja real...? Sí, en efecto, cornudos ambos...

¿Sabías, sabías, sabías...?

Ven, ven, acércate, confía en mí, no te dejes impresionar por las terribles condiciones de miseria en las que vivo desde que el emperador Francisco José, medio hermano mayor de Maximiliano, me excluyó de la corte sin detenerse a considerar que me sepultaba en la pobreza. ¡Cómo olvidar cuando mi Maxi me nombró coronel comandante de la Guardia Palatina en el Segundo Imperio Mexicano o cuando, a mi regreso de México, el propio Francisco José me acogió para elevarme a la categoría de Gran Chambelán de la casa del archiduque Rodolfo! No, el agradecimiento no es un sentimiento que anide en la aristocracia.

Yo, Carlos Bombelles, el conde Carlos Bombelles, título de nobleza heredado de mi padre, escúchame bien, fui el primer hombre que besó a Maximiliano escondidos en cualquiera de los cuartos del castillo de Schonbrunn en 1840, cuando ambos contábamos con tan sólo ocho años de edad. Todo comenzó como una travesura sin que yo imaginara, por mi corta edad, la trascendencia de disfrutar semejantes relaciones con el heredero al trono austriaco, en el caso de que llegara a faltar Francisco José. En aquella feliz coyuntura que yo jamás olvidaré, intercambiamos besos esquivos y juguetones en la boca antes de reventar entre carcajadas sin que pudiéramos vernos a la cara congestionada por el rubor. Justo es reconocerlo, nuestra inocencia nos impidió llegar a las caricias y a la adopción de papeles propios del niño o de la niña, episodios que se darían después cuando la pasión y la madurez, la plena

conciencia de los poderes ocultos de nuestros cuerpos, irrumpieran en nuestras vidas con la fuerza de un huracán.

Maxi y yo, al final niños, corríamos a lo largo de los interminables pasillos del castillo rompiendo con cualquier protocolo y sin tomar en cuenta que tal vez heríamos la memoria de María Teresa, su real alteza imperial, la archiduquesa de Austria y reina de Hungría y Bohemia, un siglo atrás. No, nada nos detenía: de la misma manera en que nos correteábamos en medio de un griterío ensordecedor por las galerías y salones, de cuyos techos colgaban enormes candiles decorados con miles de brillantes, auténticas arañas de vidrio, y retozábamos sobre inmensos tapetes persas sin percatarnos de la presencia de varios gobelinos descoloridos que contenían diversos pasajes heroicos de la historia del Sacro Imperio Romano, salíamos de golpe al jardín francés o al inglés o al botánico, hasta llegar al grito de «salchicha el último» a la glorieta en donde se encontraba el gran parterre. Nunca dejamos de sorprendernos por los extraños animales que alojaba el zoológico, extraídos, según las apariencias, de antiguas fábulas, ni nos explicábamos por qué a los mayores les llamaban tanto la atención las ruinas romanas ahí todavía existentes, o bien la fuente con un gran obelisco. Para nosotros, alegres chamacos, todo era diversión en aquellos exquisitos espacios construidos por generaciones de austriacos ilustres, ávidos de lujo, boato, bienestar y trascendencia política.

Nos cansamos de visitar las recámaras habitadas, en su momento, por Napoleón Bonaparte, el invicto general invasor, al igual que aquellas en las que fallecería su propio hijo, Napoleón Francisco José Carlos Bonaparte, mejor conocido como Franz, al cumplir tan sólo veintidós años de edad. Uno de los secretos mejor guardados en la corte austriaca fue, sin duda alguna, la relación que sostuvo la archiduquesa Sofía con el joven Bonaparte, Napoleón II, el *Aguilucho*, el rey de Roma, no sólo por su físico, sino por su sensibilidad y talento, muy a pesar de estar casada de

acuerdo con la ley y la Iglesia con Francisco Carlos, *el Bombón o el Bonachón*, un imbécil, incapaz de juntar ambas manos para producir un breve aplauso. Sofía de Baviera ya había sucumbido al poder de los intereses políticos impuestos por la realeza y había dado a luz a Francisco José, el futuro emperador austro húngaro, en la inteligencia de que contraer nupcias con un Habsburgo de la más pura cepa, por más taras que éste exhibiera, de ninguna manera constituía un objetivo menor...

Maximiliano, mi íntimo amigo de correrías infantiles, conocería mucho tiempo después la identidad de su propio padre, Napoleón II, quien había muerto de pulmonía agravada por una avanzada tuberculosis, dieciséis días después de que Maxi, mi Maxi, llegara a este mundo. Sofía no ocultó el profundo dolor que le produjo el precoz fallecimiento de su ilustre amante, el adorado Aguilucho, de cuyo lecho mortuorio sólo pudo ser apartada cuando las contracciones del parto anunciaron el nacimiento de Maximiliano, obligándola a retirarse para dar a luz al real bastardo el 6 de julio de 1832.

Napoleón II, agonizante, sabiendo de sobra que se le escaparía la vida en cualquier suspiro prolongado, todavía contó con tiempo para redactar una carta dirigida a su hijo, el futuro Maximiliano de Habsburgo, emperador de México, a quien, bien lo sabía él, ya lo vería crecer ni reír ni llorar ni jugar ni trepar ni soñar ni dormir...

Mi bien amado hijo:

Yo, vuestro infortunado padre, me preparo a abandonar este mundo en el mismo instante en que vos acabáis de llegar a él. Este demonio de rostro humano, Metternich, se ha dado cuenta

de que no he de vivir mucho tiempo. Mis locuras han sido provechosas a sus designios. Temo que sepa el secreto de vuestro nacimiento. Para preveniros en contra suya, escribo la presente carta, con la esperanza de que la conozcáis en un momento en que os sea posible pensar con libertad. Nada os dirá vuestra madre; ella considera una vergüenza el haber llevado a un hijo que es el nieto y el verdadero heredero del más grande hombre que ha existido, y un día os será dado cumplir vuestro destino.

Francia reclamará un día, para gobernarla, al descendiente directo del más grande de sus hijos, y cuando llegue ese día, deberéis proclamar en voz alta vuestro origen. Sois, en efecto, de sangre imperial por los dos costados.

Envío este cofrecito de joyas a vuestra madre, con la petición póstuma de que lo guarde para vos hasta el día en que lleguéis a ser adulto, y que entonces os lo entregue. Temo mucho que ella os calle siempre que éste es un regalo mío; tanto es lo que teme comprometerse.

Con todo, he encargado a dos de mis amigos os digan, cuando lleguéis a

los veintiún años, que esta cajita era mía y que puede conferirnos un gran poder. Espero que este simple mensaje despertará vuestra curiosidad lo suficiente para incitaros a romper el cofrecillo y descubrir mi carta.

Mi pobre espíritu ha llegado al límite de sus fuerzas. Sólo puedo orar para que un ángel bueno se encargue de aquella misión y para que se os haga justicia.

Vuestro padre que agoniza,

Napoleón II

¡Claro que Maximiliano llegó a conocer el origen de su sangre real por ambos costados, pero se cuidó mucho de proclamarla en voz alta! Eran muchos y diversos los intereses políticos que estaban en juego. ¡Claro que nunca hizo referencia a ser el nieto del «hombre más grande que había existido»! ¡Claro que después de haber sido fusilado por el ejército liberal mexicano, el cadáver de Maximiliano fue amortajado y enviado a Europa para ser colocado en la cripta de los Capuchinos –el Escorial austriaco– junto al lugar en donde descansaba su verdadero padre, mientras que su abuelo pateaba una y otra vez su ostentoso ataúd en Los Inválidos, muy cerca del Sena, a un lado del pueblo que tanto amó...! ¿Cómo que su querido hijo y su nieto habían quedado sepultados entre austriacos cuando Franz, sobre todo Franz, un nombre invencible, su Aguilucho, era un francés de la más pura cepa, a quien el príncipe Metternich pensó en asesinar una y otra vez para evitar una nueva convulsión europea? ¡Cuidado con los Bonaparte...! Si algo pudo consolar al gran Napoleón en el más

allá fue el hecho de saber y constatar cómo una mujer con el rostro oculto por una pañoleta negra depositaba, día con día, un ramo de flores frescas sobre el sarcófago del duque de Reichstag, su hijo. Nadie nunca sabría que se trataba de la archiduquesa Sofía que moriría eternamente enamorada de aquel joven, mezcla de Habsburgo y Bonaparte, nacido para dominar el mundo...

Sí, yo fui quien aceptó el penoso encargo de identificar el cadáver de mi amado, el heredero de Mayerling, cuando éste fue enviado de México. Después de la entrega de unas monedas de oro y de las súplicas vertidas por Maxi al pelotón de fusilamiento de modo que no le dispararan a la cara para no llegar con el rostro destrozado a Miramar, los soldados mexicanos cumplieron su palabra al pie de la letra, pero en cambio, la mayor parte de los tiros dieron precisamente en el blanco: en los testículos del emperador, como si quisieran darle una lección a los extranjeros que intentaran volver a invadir militarmente su país para gobernarlo por medio de las bayonetas.

—¡Hombre, hombre! —se dolía Maximiliano tirado en el piso con el rostro lleno de polvo mientras se cubría con ambas manos los genitales, en tanto que Aureliano Blanquet lo volteaba de cara al sol para dispararle dos tiros dirigidos al corazón.

—Este güerito sí que me salió cabrón —dijo el militar mexicano encargado de rematar al aristócrata—, no cualquiera resiste dos disparos de mi compañera inseparable —agregó sorprendido al tiempo que acariciaba la cache de concha nácar de su pistola.

Pero bueno, querido amigo, no te hice venir a estas horas de la noche, en medio de una densa nevada alpina, para contarte la historia de los padres de Maximiliano, el amor de mi vida, sino para revelarte intimidades de esa famosa pareja real, cuyas relaciones amorosas no pudieron sino concluir en una escandalosa tragedia de proporcio-

nes previsible, tal y como lo repitió hasta el cansancio la reina Victoria de Inglaterra.

El conde Carlos Bombelles narró entonces, a la luz de la llama de una vela parpadeante, la afición de Maximiliano por el mar, sus viajes a lugares remotos del Mediterráneo, sus visitas recurrentes a los puertos más pintorescos, donde desembarcaba goloso para dirigirse con paso apresurado a los mercados, con el fin de participar en las subastas de esclavos y esclavas, con quienes, una vez de su absoluta propiedad, organizaba espléndidas bacanales. Durante aquellos recorridos probó por primera vez el hachís hasta terminar posteriormente con el opio, el que ingirió en forma de pastillas hasta el mismo día de su fusilamiento.

Yo ya no estaba en México el día de su ejecución, pero supe que consumió una buena dosis antes de ser pasado por las armas del miserable bribón de Juárez, un apestoso indio enano que nunca supo ni imaginó ni entendió a quién mandó asesinar por más que hayan tratado de disimular el homicidio por medio de un juicio improvisado, tendencioso y perverso. ¡Con un millón de esos aborígenes zapotecos no haces ni medio Fernando Maximiliano, archiduque y príncipe real de Hungría y Bohemia, conde de Habsburgo y príncipe de Lorena, un legítimo heredero de los Hohenstauffen, descendiente de los duques de Borgoña, de Carlos V y nieto de José II...! ¿Me entendiste...? Mira que venir a perder la vida en México a manos de un indígena analfabeto... *Mon Dieu...*!

Pero volvamos al tema que nos ocupa. Cuando Maximiliano y Carlota fueron presentados en los elegantes salones de los palacios de Bélgica, ella contaba con dieciséis años de edad y él con tan sólo veinticuatro. Maxi no había podido olvidar todavía a la también joven princesa portuguesa Amalia de Braganza, recién fallecida, su gran